

FILOSOFÍA Y POESÍA. LA «ULTRAFILOSOFÍA» EN LEOPARDI

Modesto Berciano. Universidad de Oviedo

Resumen: En 1998 se ha celebrado el segundo centenario del nacimiento de Giacomo Leopardi, poeta italiano. Si Leopardi tiene o no una filosofía es discutido. Leopardi se opone a la filosofía moderna, caracterizada, según él, por el pensamiento racionalista, científico y matemático. A ella contraponen una *Ultrafilosofía* que integre razón, imaginación y corazón. La expresión mejor de este pensamiento global sería lo que él llama «poesía mixta», que nace en la situación de contraste entre las ilusiones de la imaginación y la frialdad del pensamiento. En la necesidad de integrar la imaginación y el sentimiento en la razón, Leopardi no carece de actualidad.

Abstract: In 1998 the second centenary of Giacomo Leopardi's birthday, an Italian poet, was celebrated. If Leopardi has got a philosophy of his own is something controversial. Leopardi goes against modern philosophy, characterized, according to him, for its rational, scientific and mathematical thought. He opposes to it an *Ultra-philosophy* which integrates reason, imagination and heart. The best expression of this global thought would be what he calls «mixed poetry», which rises in a situation of contrast between the illusions of the imagination and the coldness of the thought. In the need of integrating the imagination and feeling into the reason, Leopardi is a thinker who still deals with a subject of great importance today.

1. ¿Leopardi filósofo?

Dado que Leopardi es un poeta y que el pensamiento parece más ligado a la filosofía, antes de hablar del pensamiento de Leopardi resulta obligado preguntarse por la relación entre filosofía y poesía. Este tema pertenece al ámbito más amplio de la relación entre filosofía y lenguaje. No es éste un problema nuevo, pero sí habría que decir que ha cobrado un interés en aumento en la filosofía reciente.

La discusión acerca del caso concreto de Leopardi no es nueva. Croce y Gentile, partiendo de la incompatibilidad entre filosofía y poesía, sostuvieron que las observaciones filosóficas de Leopardi no son ni profundas ni sistemáticas. Las reflexiones del *Zibaldone* serían meros residuos de su poesía, viciados por las contradicciones leopardianas entre personalidad y filosofía, alma y concepto.

Pero frente a estas opiniones, Carlo Ferrucci afirma que después de la segunda guerra mundial se han ido extendiendo otras, que ven en Leopardi incluso un sistema, como las de Binni, Luporini, Timpanaro, Barilli, etc.¹. Al mismo Leopardi, como hace notar Cesare Luporini, le gustaba hablar de «*mio sistema*» en el *Zibaldone*.

¹ C.Ferrucci, *Leopardi filósofo*, Venecia, Marsilio Editore, 1987, pp. 9-10

El mismo autor cree que se trataría en esta afirmación de cierta presunción de Leopardi. Pero no duda en admitir también que, bajo las aparentes variedad y disparidad de los escritos del poeta, hay un fondo sistemático en movimiento, que el ojo atento ha de descubrir². Sergio Solmi dice que Leopardi es y no es filósofo. No sería un «filósofo en forma», ya que no presenta ni definiciones lógicas de los conceptos, ni una gnoseología, ni un sistema coherente, ya que va cambiando su punto de vista. Tampoco conoce apenas la historia de la filosofía. No habría leído nunca a Kant, al que cita a veces de manera vaga. De ahí que al hablar de un pensamiento filosófico en él, haya que limitarse a ver unas líneas muy generales³.

Carlo Ferrucci ha hecho un estudio más detenido, con el título: *Leopardi filósofo e le ragioni della poesia*, poniendo de relieve lo que anuncia en el título: Cuál es el concepto de filosofía que quiere Leopardi y cuál la función de la poesía en la comprensión del mundo y del hombre.

J.G.González Miguel ve a Leopardi como filósofo dentro de las filosofías existencialistas, que ven la filosofía como actividad que engloba al hombre entero, que piensa, siente, padece y ama, más bien que como un sistema compacto y bien construido. La poesía sería precisamente un importantísimo modo de expresión de las vivencias personales; y Leopardi, como Unamuno, Camus, Sartre o Kierkegaard, sería a la vez un gran poeta y un importante pensador⁴.

Esta visión más elástica de la filosofía parece hoy más aceptable. Como hace notar Ferrucci, tiene precedentes ya en el mismo Kant de la *Crítica del juicio*; o en la *Crítica de la razón práctica*, después de haber expuesto los límites de la razón pura en la primera crítica. Ejemplos más explícitos son Hölderlin o en Novalis, con sus nuevas formas de interacción entre el pensamiento discursivo y el intuitivo⁵. Y se podrían añadir otros nombres, como el de Martín Heidegger, quien ha repetido insistentemente que el pensar y el poetizar (*Denken und Dichten*) están juntos en el origen y surgen de la misma fuente del ser y de la verdad como acaecer. Así lo verían también los presocráticos, según el mismo Heidegger. Parménides, el primer metafísico que habla del ser, lo hace en un poema; y las tragedias de Sófocles contienen profundas ideas filosóficas.

Los límites del conocimiento puro, experimentados sobre todo por Kant, han llevado al reconocimiento de otros ámbitos de verdad, como la praxis, la historia, el arte; han llevado a un concepto más amplio de filosofía y a admitir una multitud de modos de acaecer la verdad. Uno de ellos sería el lenguaje poético, al cual le ha dado mucha importancia Heidegger en su última etapa. En este contexto de ideas y de opiniones, parece que sí tiene cabida y sentido preguntarse por el pensamiento filosófico de Leopardi; tanto más si se tiene presente que él mismo habla muchas

² C.Luporini, *Leopardi progressivo*, Roma, Editori riuniti, 1993, p. 109

³ S.Solmi, *Studi e nuovi studi leopardiani*, Milano-Napoli, R.Ricardi Editore, 1975, pp. 29-31. 39

⁴ J.G.González Miguel, *Resumen de historia de la literatura italiana*, Salamanca, Ed. Universidad, Vol. 1, 1991, p. 381

⁵ C.Ferrucci, *ibid.*, p. 8

veces de filosofía.

De entrada parece también claro que este discurso va a tener sus buenas limitaciones. Como ya hemos visto, Solmi ha indicado en Leopardi defectos importantes de elaboración filosófica y de conocimiento de la historia de la filosofía. Leopardi no habría leído nunca a Kant⁶. El mismo Leopardi nos deja ver limitaciones importantes en él, aunque no obstarían para cierta comprensión filosófica:

«No habiendo leído yo jamás escritos metafísicos y ocupándome de estudios totalmente diferentes, y no habiendo aprendido estas materias en la escuela (que no las he visto jamás), había encontrado ya la falsedad de las ideas innatas, adivinado el optimismo de Leibniz y descubierto el principio de que todo el progreso de los conocimientos consiste en concebir que una idea contiene a otra...» (*Zib.* 20.7.21; 1347-48)⁷

En una carta a Paolina, del 19 de Abril de 1823, Leopardi le dice que la filosofía

«...no me ha sido enseñada ni por los libros, ni por los estudios, ni por ninguna otra cosa que por la experiencia; y yo os exhorto a esta filosofía, porque creo que tenéis mis mismos derechos y mi misma disposición.»

En algún caso Leopardi afirma que ha odiado la filosofía: «Entregado del todo y con sumo gusto a la bella literatura, despreciaba y odiaba la filosofía» (*Zib.* 19.9.21; 1742).

Pero en la misma fecha habla también de un paso de las letras a la filosofía y dice que reconoció que era filósofo después de haber leído algunas obras de Madame de Staël. Escritos bien poco filosóficos, a decir verdad, bastante de acuerdo con la falta de lecturas metafísicas afirmada antes por el autor, o con el desconocimiento de autores con filosofías propiamente dichas y más profundas.

También un año antes Leopardi se considera filósofo, hablando precisamente de la relación entre filósofos y poetas. La poesía brotaría de una mentalidad primitiva en la que domina la fantasía; mientras que la filosofía surge cuando se impone la razón. Parece que Leopardi ve esto como un proceso natural que se ha dado también en él:

«Así, se puede decir con razón que, en rigor de términos, poetas no eran sino los antiguos y ahora no lo son sino los muchachos y jovencuelos. Y los modernos que tienen ese nombre no son otra cosa que filósofos. Yo, de hecho, no me hice sentimental sino cuando, perdida la fantasía, me hice insensible a la naturaleza, entregado del todo a la razón y a la verdad, en suma, filósofo.» (*Zib.* 2.7.20; 144)

⁶ S.Solmi, *ibid.*, pp. 29-31

⁷ Las abundantes citas de la obra leopardiana *Zibaldone* la citamos abreviada: *Zib.* Las citas de las páginas son las internas de la obra de Leopardi, no las de la edición usada.

Acerca de la relación entre filosofía y poesía o literatura, el propio Leopardi afirma en algunos casos una clara incompatibilidad entre ambas. Al final del *Cantico del gallo silvestre* Leopardi profetiza el inevitable ocaso del mundo: «Así, este arcano y espantoso, de la existencia universal, antes de ser declarado o entendido, se disolverá y se perderá.» Y el poeta añade una nota: «Esta es una conclusión poética, no filosófica. Filosóficamente hablando, la existencia, que no ha tenido nunca comienzo, jamás tendrá fin.»

Leopardi distingue aquí expresamente sus afirmaciones poéticas de las afirmaciones filosóficas. Por supuesto, se pueden distinguir. Pero el contenido filosófico no está ligado exclusivamente a un lenguaje filosófico propiamente dicho. El hecho de que la poesía no haya de leerse con rigor científico, o filosófico, no significa que carezca de un contenido, como si no quisiera decir nada importante o serio⁸.

Es sobre todo en el *Zibaldone* donde abundan las afirmaciones de Leopardi acerca de la relación entre filosofía y poesía. El 26 de Junio de 1821 escribía Leopardi:

«La bella literatura, máxime la poesía, no tiene nada que ver con la filosofía sutil, severa, precisa, ya que tiene por objeto lo bello, que es lo mismo que decir lo falso, porque lo verdadero... nunca ha sido bello. Ahora bien, objeto de cualquier filosofía, como de todas las ciencias, es lo verdadero. Por eso donde reina la filosofía, allí no hay poesía.» (*Zib.* 26.6.21; 1228)

La argumentación no parece muy convincente, como tampoco lo parece la reducción que hace Leopardi de la filosofía. Pero ésta es la opinión que expone el autor y que repite el día siguiente, rechazando los intentos de poetas extranjeros que quieren armonizar ciencia y poesía.

«En efecto, gran parte, tal vez la mayor parte de las poesías extranjeras logran o son más bien tratados profundísimos de psicología, de ideología, etc. que de poesía. En éstos la filosofía daña y destruye la poesía y la poesía estropea y prejuzga la filosofía. Entre ésta y aquella existe una barrera insuperable, una enemistad jurada y mortal, que no se puede ni quitar del medio, ni reconciliar, ni disimular. Y digo lo mismo proporcionalmente del resto de la literatura propiamente y verdaderamente considerada.» (*Zib.* 27.6.21; 1231)

Pero Leopardi habla aquí de la poesía extranjera en su mayor parte y de hecho. Según él, existen lenguas, y entre ellas la italiana, en las que es posible aunar filosofía y poesía, según escribe Leopardi un mes más tarde, el 20 de Julio de 1821:

⁸ Cf. H.L.Ssheel, *Schmerz und existentielle Hoffnungslosigkeit in der Lyrik und im Denken Giacomo Leopardis*. En *Studi italo-tedeschi*, XII, Merano 1989, pp. 30-32

«Dividirse perpetuamente los literatos y los poetas de los filósofos. La filosofía de hoy, que reduce la metafísica, la moral, etc. a forma y condición casi matemática, no es ya compatible con la literatura y con la poesía, como era compatible la de los tiempos en que se formó nuestra lengua, la latina, la griega... La filosofía de Sócrates podía y podrá siempre no sólo aparecer, sino servir infinitamente a la literatura y a la poesía; y ayudará siempre a los hombres más que la actual... Pero la filosofía de Locke, la de Leibniz, etc. no podrán nunca estar de acuerdo con la literatura o con la verdadera poesía. La filosofía de Sócrates participaba bastante de la naturaleza; pero ésta no participa nada y es toda razón. Por eso ni ella ni su lengua son compatibles con la literatura, a diferencia de la filosofía de Sócrates y de su lengua... Divídanse, pues, las lenguas. Y la nuestra, que contiene tantas y tan diversas, también dentro de un mismo género, podrá muy bien contener al mismo tiempo una lengua bella y un lenguaje filosófico. Y entonces tendrá una filosofía y seguirá teniendo aquella poesía y aquella literatura en la cual ha superado siempre a todas las modernas.» (*Zib.* 20.7.21; 1359-60)

Por estas mismas fechas, el 13 de Julio de 1821, escribía Leopardi a Pietro Giordani que

«...el que quiera hacer bien a Italia, deberá mostrarle una lengua filosófica, sin la cual no tendrá nunca literatura moderna propia... Por lo tanto —añade— el efecto que principalmente quisiera conseguir es que los escritores italianos puedan ser filósofos, inventivos y adaptados al tiempo; lo que, en suma, es lo mismo que decir escritores y no copistas... Lo cierto es que no lo podrá conseguir nunca el libro que, además de exhortar, no dé notable ejemplo no sólo de buena lengua, sino también de sutil filosofía; ni solamente de filosofía, sino también de buena lengua: el efecto busca estos dos medios.»

Y el 3 de Agosto de 1825 escribía a De Bunsen en el mismo sentido:

«Le diré que en mis estudios, ya desde hace mucho tiempo, no tengo otra mira que la de unir a la bella y clásica literatura la verdadera y sana filosofía, sin la cual todos los demás estudios me parecen poco capaces no sólo de ayudar a los hombres, sino también de proporcionarles placer duradero.»

Leopardi continúa lamentando que los filósofos modernos no hayan contribuido a la construcción de una sociedad moralmente buena. Pero esto no sería defecto de la filosofía como tal, ya que Leopardi contraponen a estos filósofos la filosofía tan constructiva del «divino Platón, príncipe de la elocuencia filosófica», tan alabado por los primeros cristianos y tan desconocido en la Italia de entonces.

En las *Operette morali* Leopardi no duda en escribir:

«Las dos partes más nobles, que más fatiga cuesta conseguir, las más extraordinarias, las más estupendas; las dos cumbres, por así decir, del arte y de la ciencia humana, la poesía y la filosofía, son en el que las profesa, especialmente hoy, las facultades más abandonadas del mundo.⁹

No habría, pues, total incompatibilidad entre filosofía y poesía, sobre todo en la antigüedad. Tampoco la habría en la época moderna. Una armonía entre ambas es difícil, pero no del todo imposible:

«A pesar de lo que he dicho sobre la no sociabilidad de la filosofía actual con la poesía, los espíritus verdaderamente extraordinarios y sumos... podrán vencer cualquier obstáculo y ser sumos filósofos modernos haciendo poesía perfectamente. Pero esto, como cercano a lo imposible, no dejará de ser rarísimo y singular.» (*Zib.* 20.7.21; 1383)

2. Crítica de la filosofía moderna

Leopardi ha contrapuesto un filósofo antiguo, Sócrates, a los filósofos modernos y a la metafísica de su tiempo, que reduciría la moral, etc. a una concepción casi matemática. Es sobre todo esta filosofía moderna con su afán de exactitud la que critica Leopardi como literato, según expresa aún en la misma fecha, aconsejando a las lenguas que

«...conviene separarse de la moderna filosofía, y a los literatos les conviene no ser filósofos a lo moderno, no sólo en la escritura, sino, si es posible, tampoco en el ánimo.» (*Zib.* 20.7.21; 1361)

La contraposición entre filosofía antigua y moderna aparece más veces en Leopardi, el cual afirma que la filosofía antigua hizo buenos príncipes, como Marco Aurelio, Augusto, Juliano, etc. Pero según Leopardi, esto lo ha hecho una filosofía imperfecta, diferente de la filosofía moderna, que sería perfecta:

«Yo digo que la filosofía no ha tenido ni tendrá nunca este buen efecto de darnos buenos príncipes, sino mientras que ha sido o mientras que es imperfecta; de la misma manera que sólo en este caso puede darnos buenas personas privadas, nos las ha dado y nos las da. Vengo a decir que la filosofía moderna, la cual se puede decir que según su naturaleza, esto es, en cuanto filosofía o ciencia de la razón y de la verdad es perfecta, no hará buenos príncipes, como tampoco hará buenos particulares. Aún más, los hará pésimos, porque la perfección de la filosofía no es, en fin de cuentas, otra cosa que el egoísmo. Y la filosofía moderna no hará

⁹ G. Leopardi, *Il Parini ovvero della gloria*. En: *Tutte le opere di Giacomo Leopardi*, a cura di Francesco Flora, *Le poesie e le prose*, vol. 1, Mondadori, p. 915

príncipes., sino puros y perfectos egoístas... Incluso un príncipe inclinadísimo hacia la virtud, haciéndose filósofo a la moderna se haría por fuerza y contra su voluntad vicioso, como le sucede a los privados. ¿Queréis una prueba de hecho? ¿Queréis conocer lo que es un príncipe filósofo moderno? Observad a Federico II y comparadlo con Marco Aurelio... He aquí el bello fruto y el honor de la filosofía moderna... Pero siendo esto efecto de la filosofía moderna no en cuanto moderna, sino en cuanto filosofía verdadera y perfeccionada., juzgad lo que es por esencia la filosofía, la sabiduría, la razón...» (*Zib.* 27.12.21; 2293-96; 1.6.24; 4096-98)

Leopardi expone también en otros lugares esta contraposición entre ambas filosofías y explica más lo que entiende por filosofía moderna. Ya hemos visto que el poeta critica su pretendido carácter exacto y matemático en la moral, en la metafísica, etc. En otros casos denuncia en ella el carácter destructivo y la poca creatividad:

«Comparado la filosofía antigua con la moderna, se encuentra que ésta es tan superior a aquella principalmente porque los filósofos antiguos querían todos ellos enseñar y fabricar; mientras que la filosofía moderna ordinariamente no hace otra cosa que desengañar y aterrar. Cuando los antiguos a veces hacían esto, no había ninguno que, en este caso, no considerase su deber y su interés sustituir. Así hicieron también Descartes y Newton en la primera restauración de la filosofía. Pero los filósofos modernos están siempre quitando y no sustituyen nada. Y éste es el verdadero modo de filosofar. No ya, como se dice, porque la debilidad de nuestro intelecto nos impida encontrar la verdad positiva, sino porque, en efecto, el conocimiento de lo verdadero no es otra cosa que despojarse de los errores... La naturaleza está toda ella ante nosotros desplegada, desnuda, patente. Para conocerla bien no es necesario levantar ningún velo que la cubre; es necesario remover los impedimentos y las alteraciones que hay en nuestros ojos y en nuestro intelecto. Y éstas han sido fabricadas y originadas por nosotros, con nuestro raciocinio... Los filósofos antiguos seguían la especulación, la imaginación y el raciocinio; los modernos, la observación y la experiencia... Ahora bien, cuanto más observan, tantos más errores descubren en los hombres... Cada paso de la sabiduría moderna desvela un error; no planta ninguna verdad...» (*Zib.* 21.5.23; 2710-12)

El motivo principal de esta crítica de la filosofía y de la ciencia moderna por Leopardi es la visión matemática que tienen las mismas acerca de la naturaleza y de la sociedad. Precisamente hablando de ésta, dice Leopardi que la sociedad natural es la que como sociedad es imperfecta. Esta sería la que corresponde a la esencia natural del hombre. De ahí resultaría algo contradictorio en apariencia: que la sociedad imperfecta sería

«...perfecta en cuanto a la esencia verdadera y primitiva del hombre y de los animales, y en cuanto al orden de las cosas, donde nada es perfecto de modo absoluto, sino relativamente.» (*Zib.* 29-31.1.21; 582)

En el estado actual de las cosas es necesaria la unidad, la dependencia, la sujeción. Pero ésta es una situación de hecho que no correspondería a la naturaleza del hombre, el cual ha sido despojado de algunas de sus cualidades esenciales. En esta situación se hace necesaria la unidad, la dependencia, etc. Pero Leopardi añade:

«Estas exactitudes, estas estrecheces, estas sutilezas, estas dialécticas, estas matemáticas no existen en la naturaleza y no deben entrar en la consideración del orden natural, ya que la naturaleza no las ha seguido. Y no sólo no es imperfecto todo aquello que no corresponde geoméricamente a dichas ideas, siempre que sea natural, sino que, aún más, no puede ser perfecto todo aquello que es reducido y conformado a dichas ideas... Y en todas partes donde tiene lugar la perfección matemática, tiene lugar una verdadera imperfección..., esto es, una discordancia con la naturaleza y con el orden primitivo de las cosas, el cual estaba combinado de otra manera; y fuera del cual no hay perfección, aunque ésta no sea nunca absoluta, sino relativa. La estricta precisión entra en la razón y se deriva de ella. No entraba en el plano de la naturaleza y no se encontraba en el efecto. Es necesaria en nuestros tiempos, donde el orden de las cosas está corrompido.» (*Zib.* 29-31.1.21; 582-583)

Como se ve, Leopardi no se limita a contraponer la razón matemática o científica exacta al orden de la sociedad, sino que esta contraposición es ya consecuencia de otra más fundamental: Oposición al orden natural. Dentro de esta visión matemática o geométrica de la naturaleza sitúa Leopardi la filosofía moderna, según escribe a continuación:

«Esta precisamente es una gran fuente de errores en los filósofos, máxime modernos, los cuales, acostumbrados a la exactitud y precisión matemáticas, tan usuales y de moda hoy día, consideran y miden la naturaleza con estas normas, creyendo que el sistema de la naturaleza debe corresponder a estos principios; y no consideran natural lo que no es preciso y matemáticamente exacto; cuando, por el contrario, se puede decir que todo lo preciso no es natural.» (*Zib.* 29-31.1.21; 582-584)

El motivo de esta crítica de Leopardi se funda en que la visión matemática de la razón y de la filosofía modernas no son adecuadas ni suficientes para considerar una naturaleza que no sería precisamente así.

En algún caso la crítica de Leopardi es mucho más radical, ya que se refiere al mismo principio de contradicción, considerado como el más fundamental en la tradición filosófica:

«No se puede explicar mejor el horrible misterio de las cosas y de la existencia universal... que diciendo que son insuficientes y también falsos no sólo la extensión, la importancia y las fuerzas, sino también los mismos principios fundamentales de nuestra razón. Por ejemplo, aquel principio.: *Una cosa no puede ser y no ser*, parece absolutamente falso cuando se consideran las contradicciones palpables que hay en la naturaleza.» (Zib. 2.6.24; 4099)

Aquí Leopardi no afirma sólo los límites extensivos de la razón, sino que critica incluso un principio fundamental de la misma. En efecto, este principio, presente ya en Parménides y formulado luego y hecho objeto de reflexión por Aristóteles, ha sido la base gnoseológica fundamental de la filosofía occidental. En realidad, creemos que ni Leopardi ni Hegel han logrado superarlo en el sentido en que fue formulado por Aristóteles. Pero está claro que en Leopardi está presente una crítica radical de la racionalidad analítica que ha dominado en occidente, sobre todo a partir de Descartes.

3. La ultrafilosofía

¿Qué propone Leopardi en lugar de este predominio de la razón? Parece proponer un nuevo concepto de filosofía, que en algún caso llama *ultrafilosofía*. En el contexto, Leopardi acaba de afirmar que los romanos nunca fueron tan filósofos como en el tiempo de la tiranía; y comenta que

«...la salvaguardia de la libertad de las naciones no es la filosofía ni es la razón, como se pretende ahora que éstas deben regenerar las cosas públicas, sino la virtud, las ilusiones, el entusiasmo; en suma, la naturaleza... por eso nuestra regeneración depende de una ultrafilosofía, por así decir, que conociendo el todo y lo íntimo de las cosas, nos acerque a la naturaleza.» (Zib. 7.6.20; 115)

La filosofía es visión y conocimiento; pero ha de ser visión global, de la totalidad y de lo íntimo de las cosas. Esto parece que sería capaz de generar virtud, ilusiones y entusiasmo, que a su vez regenerarían la vida política. Pero esa visión global no sería posible por la sola razón; más bien ésta se contrapondría a ella. Leopardi quiere que en la razón se integren otros elementos: El sentimiento, la imaginación, la fantasía.

Que la imaginación no sea un impedimento para la filosofía o para la ciencia, lo demostraría la historia de éstas, según Leopardi:

«Los más profundos filósofos, los más penetrantes investigadores de la verdad... fueron expresamente notables y singulares también por la facultad de la imaginación y del corazón; se distinguieron por una vena y por un genio decididamente poéticos.» (Zib. 23.8.23; 3245)

Según esto, razón, imaginación y corazón irían juntos de hecho cuando se dan verdades importantes.

Y es que, en realidad, Leopardi parece haber llegado a la conclusión de que no hay más que una razón, en la cual estarían integrados dichos elementos:

«Según los prejuicios de costumbre, yo creía haber nacido para las letras, la imaginación, el sentimiento, y que me sería del todo imposible dedicarme a la facultad del todo contraria a éstas, es decir, a la razón, a la filosofía, a la matemática de las abstracciones y tener éxito.» (*Zib.* 19.9.21; 1742)

Pero el mismo día escribía:

«El gran poeta puede ser también gran matemático, y viceversa. Si no lo es, si su espíritu se determinó hacia un solo género..., esto es puro efecto de las circunstancias... Yo sostengo que el poeta no tiene dichas cualidades (incluso en sumo grado) sino en virtud de las circunstancias; y que en circunstancias diferentes tendría cualidades diferentes y contrarias, puesto que lo que se considera como *desarrollo* yo lo considero como *producción*.» (*Zib.* 19.9.21; 1743-44)

Leopardi cree que Descartes, Galileo, Leibniz, Newton o Vico podían haber sido grandes poetas; y que Homero, Dante o Shakespeare podían haber sido sumos filósofos¹⁰.

Que la imaginación y el sentimiento tengan un valor importante en el conocimiento, que sean necesarios y que los grandes filósofos e investigadores hayan sido también hombres de grande imaginación, parece bastante convincente. Pero que las aptitudes de la razón dependan únicamente de las circunstancias concretas, parece una tesis poco aceptable.

Más digna de atención sería la tesis leopardiana que ve en la naturaleza el fundamento de una filosofía que integre razón, imaginación y sentimiento. Leopardi afirma que la naturaleza está compuesta de entes, de ideas, de estados de ánimo; también pertenecen a ella lo bello, las pasiones, las ficciones de la fantasía, en una palabra: lo poético. Si la filosofía tiene por objeto la naturaleza, no puede dejar de oír al sentimiento y a la imaginación. El filósofo que no se da cuenta de esta exigencia, es un filósofo a medias¹¹.

«El que no tiene o no ha tenido nunca imaginación, sentimiento, capacidad de entusiasmo, de heroísmo, de ilusiones vivas y grandes, de fuertes y variadas pasiones; el que no conoce el inmenso sistema de lo bello; el que no lee o no siente... a los poetas, no puede ser absolutamente un grande, verdadero y perfecto filósofo. Aún más, no será nunca sino un filósofo a medias, de vista corta..., de

¹⁰ G. Leopardi, *Il Parini ovvero della gloria*, p. 907

¹¹ C. Ferrucci, *ibid.*, pp. 12-13

escasa penetración, por diligente, paciente, sutil, dialéctico y matemático que pueda ser.» (*Zib.* 4.10.21; 1833)

Esta misma idea de una filosofía a medias la había expresado Leopardi un mes antes, hablando de las ilusiones en un mundo carente de valores reales. Las ilusiones están tan arraigadas que no pueden ser eliminadas de la naturaleza humana en nombre de la razón:

«Por lo tanto, el filósofo a medias combate las ilusiones precisamente porque es iluso; el verdadero filósofo las ama y las predica porque no es iluso; y el combatir las ilusiones, en general, es el signo más cierto de un saber imperfectísimo y del todo insuficiente, así como de notable ilusión.» (*Zib.* 16.9.21; 1715)

El motivo de esta filosofía a medias está en su falta de conocimiento y de experiencia de la naturaleza:

«No ya porque el corazón y la fantasía digan con frecuencia más verdad que la fría razón, como se afirma..., sino porque la misma fríisima razón tiene necesidad de conocer todas estas cosas, si quiere penetrar en el sistema de la naturaleza y desarrollarlo. Un análisis de las ideas, del hombre, del sistema universal de los seres debe versar necesariamente en grandísima y principalísima parte sobre la imaginación, sobre las ilusiones naturales, sobre lo bello, sobre las pasiones, sobre todo lo que hay de poético en el sistema entero de la naturaleza» (*Zib.* 4.10.21; 1833-34)

Como se ve, Leopardi no prescinde de la experiencia, sino que remite a ella. En efecto, dice más adelante:

«La razón y el hombre no aprende sino por experiencia. Si la razón quiere pensar y obrar por sí, y por lo tanto descubrir y progresar, le conviene conocer por su propia experiencia.» (*Zib.* 4.10.21; 1838)

Pero parece también obvio que Leopardi afirma un concepto de experiencia en sentido integral, que abarque todos los aspectos de la vida humana. No se trataría, pues, de la experiencia en sentido del empirismo, sino de una especie de intuición global. La reflexión filosófica vendría luego. Es de notar, en este sentido, la definición de filosofía que da Leopardi en un paso de *Paralipomeni*: Un arte, mediante el cual el hombre busca como mejor puede las razones de lo que ha resuelto creer sobre cualquier asunto¹².

¹² *Non è filosofo se non un'arte
La qual di ciò che l'uomo è risoluto
Di creder circa a qualsivoglia parte,*

Si la naturaleza en sentido global incluye la poética de la imaginación, la fantasía, las ilusiones, los sentimientos, una filosofía que quiera explicar la realidad natural deberá tomar en cuenta también estos aspectos de la misma, tan importantes en la realidad humana, en su vida, para su felicidad.

«Esta parte de la naturaleza no es sólo útil, sino necesaria para conocer la otra. Aún más, no se puede separar una de la otra en las meditaciones filosóficas, porque la naturaleza está hecha así... El que ignora lo poético de la naturaleza, ignora una grandísima parte de la naturaleza. Aún más, no conoce absolutamente la naturaleza, porque no conoce su modo de ser.»

Y añade Leopardi:

«Tal ha sido y es una grandísima parte de los filósofos más ensalzados desde el seiscientos en adelante, sobre todo alemanes e ingleses. Acostumbrados a no leer, a no pensar, a no considerar, a no estudiar más que filosofía, dialéctica, metafísica, análisis, matemática, abandonando totalmente lo poético, despoetizada del todo su mente, acostumbrados a prescindir totalmente del sistema de lo bello..., perdido del todo el hábito de lo bello y de lo ardiente y ensimismados con el del puro raciocinio, de lo frío, etc., no conociendo otra existencia de la naturaleza que lo racional, lo calculado, etc. y libre de toda pasión, ilusión, sentimiento, yerran a cada paso y en lo grande, razonando con la exactitud más exquisita. Es muy cierto que éstos han ignorado e ignoran la mayor parte de la naturaleza de las cosas que tratan, por poco poéticas que sean, ya que lo poético en el sistema real de la naturaleza está ligado absolutamente a todo.» (*Zib.* 4.10.21; 1834-36)

Pero no parece que Leopardi piense que todos los filósofos son así. Ya hemos oído hablar de «los más profundos filósofos», notables por su imaginación (*Zib.* 23.8.23; 3245). Y en otro lugar habla del «filósofo en la sublimidad de la especulación», que ve las cosas desde «un lugar alto y superior a aquel en el que suele consistir ordinariamente la mente de los hombres». Por eso descubre en estos casos de una vez una multitud de objetos y sus relaciones. «Por eso tiene en aquel momento una extraordinaria capacidad para generalizar» (*Zib.* 26.8.23; 3269-70)

La naturaleza es un todo relacionado; y para conocer una verdad hay que conocer todas sus relaciones con otras:

«La ciencia de la naturaleza es una ciencia de relaciones... Descomponed una máquina complicadísima, quitadle una gran parte de las ruedas y ponedlas aparte sin pensar más en ellas. Luego recomponed la máquina y poneos a razonar sobre

Le ragioni assegnando empie le carte.

Leopardi, *Paralipomeni* 14. En *Tutte le opere di Giacomo Leopardi. Le poesie e le prose*, v. 1, Mondadori, p. 228

sus propiedades, sus medios, sus efectos. Todos vuestros razonamientos serán falsos, la máquina ya no es lo que era... Así sucede con el sistema de la naturaleza cuando se ha separado de ella del todo el mecanismo de lo bello...» (*Zib.* 4.10.21; 1836-37)

De esta falta de reflexión sobre el todo resultarían verdades a medias, desligadas del contexto.

«No se conoce perfectamente una verdad si no se conocen perfectamente todas sus relaciones con todas las demás verdades y con todo el sistema de las cosas. Por lo tanto ¿qué verdad conocerán bien aquellos filósofos que abstraen absolutamente y constantemente una parte esencialísima de la naturaleza?» (*Zib.* 4.10.21; 1838)

Dos cosas cabe destacar aquí. El que no considera esa parte de la naturaleza, hace una reflexión cuantitativamente incompleta por prescindir de dicho ámbito. Pero además, de la misma parte que se considera, se deja de considerar un conjunto de relaciones que ésta tiene con la parte no tomada en cuenta. La naturaleza no es sólo un todo cuantitativo, sino un conjunto de relaciones, un todo relacionado. También estas relaciones son naturaleza. «La ciencia de la naturaleza no es otra cosa que ciencia de relaciones. Todos los progresos de nuestro espíritu consisten en descubrir las relaciones.» (*Zib.* 4.10.21; 1836)

Leopardi le da mucha importancia al tema de las relaciones en el concepto de naturaleza. También esta idea de naturaleza como organismo es propia del romanticismo.

Para todo esto sería necesaria la imaginación: «La imaginación es la más fecunda y maravillosa descubridora de las relaciones y de las armonías más escondidas.» (*Zib.* 4.10.21; 1836).

La verdadera filosofía debe tener experiencia de lo real en su variedad, multiplicidad, complejidad. A ella pertenecen también lo bello, la imaginación, las pasiones. Una razón filosófica que deje de lado esto no podrá construir sino filosofías unilaterales. Ahora bien, una integración de estos elementos no es fácil:

«Se ve, por tanto, qué difícil resulta encontrar un verdadero y perfecto filósofo... Es del todo indispensable que un tal hombre sea poeta sumo y perfecto. Y no para razonar como poeta, sino precisamente para examinar como pensador fríisimo y como calculador lo que sólo el *ardentísimo* poeta puede conocer. El filósofo no es perfecto si no es más que filósofo y si emplea su vida y a sí mismo... para el puro encontrar la verdad, que es el fin único y puro del perfecto filósofo. La razón tiene necesidad de la imaginación y de las ilusiones que ella destruye.» (*Zib.* 4.10.21; 1838-39)

Todo lo dicho no significa que la razón deba ser eliminada de la nueva filosofía. Es ésta la que debe analizar las ideas, el hombre, el sistema universal.

«Dicho análisis, en orden a la filosofía debe ser hecho no por la imaginación y por el corazón, sino por la fría razón, que entre en los más recónditos secretos de uno y de otra. Pero ¿cómo puede hacer tal análisis el que no conoce perfectamente todas las cosas dichas por propia experiencia o no las conoce casi nada? La razón más fría, aunque enemiga mortal de la naturaleza, no tiene otro fundamento ni principio, ni otro sujeto de meditación, especulación o ejercicio que la naturaleza.» (*Zib.* 4.10.21; 1834-35)

De la unión de la razón con la imaginación y el sentimiento surgiría un pensamiento global, integral, capaz de conocer el todo y lo íntimo de las cosas. Este pensamiento es denominado por Leopardi el 7 de Junio de 1820 *ultrafilosofía*.

4. El fundamento de la integración

Opiniones semejantes a ésta e incluso intentos por esbozar las líneas de una nueva racionalidad, se dieron también en algunos poetas alemanes contemporáneos de Leopardi, como Schiller, Novalis, Schlegel o Hölderlin¹³. La crítica de la racionalidad analítica y científica hecha por Leopardi y su propuesta de una *ultrafilosofía* se inscribirían en este contexto más amplio del romanticismo. Pero según Luporini, Leopardi tampoco acepta el romanticismo sin más. Leopardi sería hombre del siglo XVIII, siglo de predominio de la razón. Pero estaba desilusionado por el fracaso de la razón, que había despertado tantas esperanzas. Fracaso en el campo de la civilización, de la vida social, de la política. En la base del pensamiento de Leopardi y de su crítica de la razón y de la filosofía estaría esa desilusión de una razón que después de haber provocado la revolución fue a parar al despotismo napoleónico y a la restauración. Por eso Leopardi quiere superar esa razón, que ve unilateral e insuficiente.

Según Ferrucci, Leopardi afirmaría mejor que otros románticos la unidad de las facultades y el principio de su *ultrafilosofía*. Así resultaría de un texto del *Zibaldone* del 20 de Noviembre de 1821:

«La facultad inventiva es una de las cualidades ordinarias, principales y características, y parte de la imaginación. Es precisamente ésta la facultad que hace los grandes filósofos y los grandes descubridores de las grandes verdades. Y se puede decir que de una misma fuente, de una misma cualidad del ánimo diversamente aplicada... vinieron los poemas de Homero y de Dante y los principios matemáticos de la filosofía natural de Newton. El sistema y el orden de la máquina humana en la naturaleza son sencillísimos; son poquísimos los resortes, los

¹³ Schiller (1759-1805), Novalis (1772-1801), Schlegel (1772-1829), Hölderlin (1770-1843); Leopardi (1798-1837) es más joven que todos ellos.

órdenes de la misma y los principios que la componen. Pero nosotros, discutiendo por los efectos, que son infinitos e infinitamente variables, según las circunstancias, las adaptaciones y los accidentes, multiplicamos los elementos, las partes, las fuerzas de nuestro sistema... y distinguimos y subdividimos facultades y principios que son realmente únicos e indivisibles, aunque produzcan y puedan producir siempre efectos no sólo nuevos, no sólo diferentes, sino directamente contrarios. La imaginación es, por tanto, la fuente tanto de la razón como del sentimiento, de las pasiones, de la poesía... Imaginación e intelecto son una misma cosa.» (Zib. 20.11.21; 2132-4)

Leopardi acentúa aquí fuertemente la unidad de las facultades humanas en una fuente común, la imaginación. Pero chocan sus últimas afirmaciones. Por un lado afirma que la imaginación es fuente tanto de la razón como del sentimiento, de las pasiones, de la poesía; por otro identifica la imaginación con el intelecto. También Ferrucci hace notar esta doble función y recuerda que, en varios lugares de las obras del poeta, aparece la afirmación de que lo poético o el mecanismo de lo bello es fundamento del modo de ser de la razón. Y se pregunta este autor si las afirmaciones, de la imaginación como fundamento de la razón y de la imaginación como idéntica a la razón, son contradictorias o si se trata de dos conceptos de imaginación. Una respuesta a esta pregunta la vería en el siguiente texto de Leopardi:

«Todo el que busca la naturaleza de las cosas con la pura razón, sin ayudarse por la imaginación y por el sentimiento..., podrá bien *analizar*, esto es, resolver, deshacer la naturaleza; pero jamás podrá recomponerla... Llegará con su análisis hasta descomponer y resolver la naturaleza hasta en sus mínimos y últimos elementos... Pero el todo de ella, el fin y la relación mutua de esas partes entre sí y de cada una con el todo, el fin de ese todo, la intención verdadera y profunda de la naturaleza..., la razón final de su ser y de su ser así..., cosas en cuyo conocimiento debe consistir el objeto del filósofo..., le es imposible encontrarlos y entenderlos a todo el que analiza y examina la naturaleza con la sola razón.» (Zib. 22.8.23; 3237-39)

«Nada poético se percibe en sus partes separando una de la otra..., nada en la naturaleza descompuesta y casi fría, muerta, exangüe..., postrada, por así decir, bajo el cuchillo anatómico, o introducida en el hornillo químico de un metafísico que no emplea en sus especulaciones... ningún otro medio... que la pura y fría razón... Pero todo lo poético se siente, más bien que conocerlo y entenderlo, y no puede ser conocido, descubierto y entendido de otro modo que sintiéndolo... Y es cosa de la sola imaginación y del corazón sentir y por lo tanto conocer lo que es poético... Sólo ellos son aptos para concebir, crear, formar, perfeccionar un sistema filosófico, metafísico, político que tenga lo menos posible de falso..., de absurdo, de improbable, de extravagante... Finalmente, la sola imaginación y el corazón, y las mismas pasiones; o la razón, no de otro modo que con la eficaz

intervención de ellas, han descubierto, enseñado y confirmado las mayores, las más generales, más sublimes, más profundas, fundamentales y más importantes verdades filosóficas que se poseen» (*Zibaldone*, 22.8.23; 3241-45)

En realidad el texto no especifica si se trata de uno o de dos conceptos de imaginación, aunque sí afirma con claridad que se trata de un concepto de imaginación que no puede reducirse al intelecto o a la razón, sino que es más global y omniabarcante que éstos. De la razón sería propio analizar y examinar. Pero las visiones globales, de conjunto, unitarias y de sentido son cosa de la imaginación, de lo poético, de lo estético. Ahora bien la naturaleza, en realidad, es un todo ordenado, un organismo. De ahí la necesidad de contar con la imaginación, el sentimiento, lo poético también en la filosofía, en la cual la razón tiene una mayor actividad que en la poesía, si es que la filosofía quiere presentar un todo unitario y orgánico. A esto no se llegaría por el análisis de la razón, sino por la intuición o por la actividad de la imaginación. A la vez que se afirma la unión y colaboración entre ambas, se está afirmando que la imaginación es más intuitiva que la razón; que es capaz de tener visiones globales y de conjunto, que expresan mejor lo que es la naturaleza.

Leopardi afirma que la imaginación está mucho más desarrollada en los pueblos meridionales: Grecia, Egipto, India, árabes, italianos, españoles, etc. Por el contrario, dice que en los alemanes

«...la imaginación y el sentimiento (hablando en general) es tanto más falso y forzado, innatural y débil por sí mismo, cuanto más vivo y extremo se presenta.» (*Zib.* 5-6.10.21; 1848-51)

Y añade que los alemanes han desarrollado no pocas verdades importantes y han encontrado no pocas verdades secundarias; pero les faltaría imaginación para visiones de conjunto:

«¿Cuándo un alemán ha echado sobre el gran sistema de las cosas una mirada omnipotente que la haya revelado un secreto de la naturaleza grande y verdaderamente fecundo o un error grande y universal?... La imaginación de los alemanes (hablo en general) siéndoles poco natural, poco propia y en cierto modo artificial y ficticia, y por lo tanto falsa, aunque vivísima, no tiene aquella espontánea correspondencia y armonía con la naturaleza que es propia de las imaginaciones derivadas y fabricadas por la misma naturaleza (lo mismo digo del sentimiento). Por eso los hace engañarse y soñar. Y cuando un alemán quiere especular y hablar a lo grande, formar por sí mismo un gran sistema arquitectónico, hacer una gran innovación en filosofía, me arriesgo a decir que delira» (*Zib.* 5-6.10.21; 1851-53)

Que estas afirmaciones de Leopardi sobre la imaginación de los alemanes sean arbitrarias e inexactas, parece obvio. Viene espontáneo pensar en la exuberancia de

imaginación del romanticismo alemán, de los grandes sistemas idealistas de Schelling y de Hegel; en la fecundidad de ideas de Leibniz o Kant, de ningún modo reducibles a análisis minuciosos, etc. Pero parece que nada de esto convence a Leopardi.

«¿Cuáles son en estas materias los grandes descubrimientos de Leibniz, quizá el mayor metafísico de Alemania y ciertamente profundísimo especulativo de la naturaleza, gran matemático, etc.? Mónadas, optimismo, armonía preestablecida, ideas innatas, fábulas y sueños. ¿Cuáles son los de Kant, jefe de escuela, etc. etc.? Creo que no lo sabe nadie; ni siquiera sus discípulos. Especulando profundamente sobre la teoría general de las artes, los alemanes nos han dado últimamente el romance del romanticismo, sistema falsísimo en la teoría, en la práctica, en la naturaleza, en la razón, en la metafísica, en la dialéctica, como se hace ver en varios de estos pensamientos.» (*Zib.* 5-6.10.21; 1857)

Como ya hemos indicado, hubo autores alemanes, como Schiller, Novalis, Schlegel o Hölderlin con opiniones semejantes a la de Leopardi acerca de los límites de la razón y de la necesidad de integrar en ella la imaginación y el sentimiento. Y precisamente estos autores ven un fundamento para ello en Kant o en la filosofía idealista.

Pero estas inexactitudes no deben hacernos dejar de lado la idea repetida por Leopardi: El carácter fundamental de la imaginación como fuente común de la razón y del sentimiento; su capacidad para captar de un golpe de vista el todo de la naturaleza como conjunto o como una gran máquina, la relación de las partes con el todo y de las partes entre sí, la razón final del ser de la naturaleza; la aptitud de la misma para crear un gran sistema filosófico, metafísico o político. De ahí la necesidad de contar con la imaginación y con el sentimiento en la filosofía.

Con todo, Leopardi afirma también expresamente que el análisis filosófico debe ser realizado por la fría razón. Con la sola imaginación o con el corazón no se hace filosofía. Pero la propia razón tiene que valerse de la imaginación y del corazón para conocer la naturaleza.

«Dicho análisis, en orden a la filosofía, debe ser hecho no por la imaginación y por el corazón, sino por la fría razón, que entre en los más recónditos secretos de uno y de otra. Pero ¿cómo puede hacer tal análisis el que no conoce perfectamente todas las cosas dichas por la propia experiencia o no las conoce casi nada? La razón más fría, aunque enemiga mortal de la naturaleza, no tiene otro fundamento ni principio, ni otro sujeto de meditación, especulación o ejercicio que la naturaleza.» (*Zib.* 4.10.21; 1834-35)

5. Filosofía y poesía

El significado de la poesía para la filosofía, según Leopardi, habrá de ser visto en el contexto de ideas expuesto. El significado de la poesía no es uniforme en Leopardi.

Hay que considerar, ante todo, una evolución en el pensamiento del poeta. Esta se reflejaría comparando su *Discorso di un italiano intorno alla poesia romantica* con las páginas del *Zibaldone* a partir de 1821. En general, en el *Discorso* Leopardi polemiza contra la poesía sentimental de los románticos y valoriza más la imaginación creadora, que corresponde a una concepción de la naturaleza más bien como inmutable y con valor perenne. En el *Zibaldone* cambia la valoración de la poesía imaginativa, fundamentalmente porque cambia también la idea de naturaleza y la valoración del desarrollo histórico. En este contexto, Leopardi valoriza la poesía sentimental o «mixta».

Hay que distinguir también aquí entre poesía de los antiguos y poesía de los modernos. La de los antiguos era espontánea; los modernos, para hacer poesía, han de tener voluntad de hacerla, dada la oposición de un pensamiento reflexivo y crítico cada vez más desarrollado y dominante. La poesía de los antiguos era una poesía imaginativa, de invención, capaz de representar un mundo irreal. Así era la poesía de Homero, la de Ovidio, la de Ariosto, en tiempos más recientes. Hoy la poesía tiene grandes limitaciones, ya que nace en un mundo de pensamiento crítico,

«...de la filosofía, de la experiencia, del conocimiento del hombre y de las cosas, en suma, de lo verdadero, mientras que la esencia primitiva de la poesía estaba inspirada en lo falso.» (*Zibaldone*, 8.3.21; 734-35)

Frente a la poesía de lo imaginario (*immaginosa*), Leopardi considera la poesía del mundo actual como «afectuosa» (*affettuosa*) o como «sentimental», según el término usado por Schiller. Pero hay una diferencia entre ambos autores. Schiller no veía posible una reconciliación entre esta poesía y el pensamiento reflexivo. Leopardi, por el contrario, acentúa el contraste entre el impulso emotivo y el desencanto racional. Las razones del ánimo retroceden constantemente ante las razones de la mente, pero no llegan nunca a desaparecer. La imaginación poética es como el último refugio de la naturaleza.

«La poesía melancólica y sentimental es un respiro del alma... Es cierto que la imaginación y la sensibilidad melancólica no tienen fuerza sin un aura de prosperidad y sin un vigor del ánimo, que no puede darse sin un crepúsculo, sin un rayo, sin una lucecita de alegría.» (*Zibaldone*, 24.6.20; 136)

De esta situación humana de contraste y de síntesis entre ficción y pensamiento reflexivo y crítico nace la poesía moderna o poesía «mixta». Leopardi se debate muchas veces entre el deseo y la añoranza de volver a la ficción imaginaria y la realidad del pensamiento que lo rodea. A veces parece ceder ante la realidad de la razón y llega a decir que hoy la poesía no merecería, en rigor, llamarse poesía, sino más bien una forma de pensamiento, una cierta filosofía —tal vez ultrafilosofía—, aunque particularmente rica. Pero en general Leopardi afirma la poesía sentimental o mixta, como «más bella y sublime» que la prosa filosófica. Eso sí, tendrá que

superar constantemente la resistencia del pensamiento crítico que la acorralla.

En este sentido, la poesía moderna o mixta no sólo tiene una gran importancia, sino que parece representar la vía de salida o un modo de solución ante un pensamiento racional y crítico que lo va dominando todo. Renunciar a esta poesía, eliminarla, sería tan grave como lo opuesto: como hacer caso omiso de la realidad del pensamiento para refugiarse en la fantasía de los antiguos y permanecer en ella. Además, no contar con la poesía en la filosofía, significaría dejar de lado un importante ámbito de lo real, de la experiencia global de la naturaleza y del hombre, a los que no llega la mentalidad analítica.

La poesía nace de la imaginación y de las ilusiones, de las cuales no se puede prescindir en la naturaleza, ya que también son realidad de la misma. Leopardi les da gran importancia:

«Parece un absurdo; y sin embargo es absolutamente verdad que siendo una nada todo lo real, no hay otra cosa real ni otra cosa substancial en el mundo que las ilusiones.» (*Zibaldone*, 8.1.20; 99)

Como puede verse, Leopardi afirma el valor de las ilusiones ya en un contexto en el que la naturaleza o lo real es considerado como carente de valor o como nulidad. No se trata ya de una idea de naturaleza con valor perenne, sino de una naturaleza vista desde el pesimismo y carente de valor. Textos de esta índole podrían multiplicarse. Unos meses más tarde escribía Leopardi:

«Pero las ilusiones perduran, como he dicho, a despecho de la razón y del saber. Y es de esperar que continúen durando... Si tales cosas reducen finalmente a los hombres a perder todas las ilusiones..., a perderlas para siempre y a tener ante los ojos continuamente y sin intervalo la verdad pura y desnuda, de esta raza humana no quedará otra cosa que los huesos...» (*Zibaldone*, 20.8.20; 216)

De manera concreta, no se puede prescindir de las ilusiones en nombre de la filosofía:

«Las ilusiones no pueden ser condenadas, despreciadas, perseguidas a no ser por los ilusos y por aquellos que creen que este mundo es o puede ser verdaderamente algo, o algo bello. Ilusión capitalísima: Por tanto, el filósofo a medias combate las ilusiones precisamente porque es iluso; el verdadero filósofo las ama y las predica, porque no es iluso. Y combatir las ilusiones, en general, es la señal más segura de un saber imperfectísimo y del todo insuficiente, así como de una notable ilusión.» (*Zibaldone* 16.9.21; 1715)

Pero frente a esta filosofía a medias Leopardi habla en algún caso de otra filosofía que puede servir de medicina, según escribía a Adelaida Maestri a primeros de Septiembre de 1831:

«La tristeza del ánimo de que habláis hay que curarla con la filosofía o con el desprecio de las cosas de este mundo, que no están hechas para los espíritus gentiles y cálidos.»

En otros casos habla de la filosofía estoica como filosofía útil, o de su filosofía, que lo ha hecho considerar todas las cosas como quimeras y lo ha ayudado a soportar la existencia¹⁴. Parece obvio que en un contexto nihilista, en el que todo lo real es nada y en el que es iluso el que cree que el mundo es algo, las ilusiones no llenan de sentido, por una especie de intuición que llegue más allá del saber crítico, reflexivo o científico. Esto podría valer, tal vez, antes. Ahora las ilusiones serían, más bien, una especie de engaño que ayudaría a vivir, a pesar del pesimismo que proporciona el saber científico y objetivo.

Esto es en Leopardi más que teoría. De hecho, el poeta se debate entre las ilusiones de su temprana edad y la dura verdad de su edad adulta; sin cerrarse a la realidad de ésta y sin dejar, por otra parte, de retornar a aquellas, tal como expresa en 1829 en el bello canto de *Le ricordanze*, al volver a su lugar natal, después de varios años de ausencia. El poeta se dirige a las estrellas centelleantes de la osa mayor desde las ventanas de la morada donde habitó de niño y recuerda los pensamientos inmensos que le inspiraron el mar y los montes:

«...E che pensieri immensi
 Che dolci sogni mi spirò la vista
 Di quel lontano mar, quei monti azzurri,
 Che di qua scopro, e che varcare un giorno
 Io mi pensava, arcani mondi, arcana
 Felicità fingendo al viver mio!»

Pensamientos de ir más allá de los mares y de los montes y alcanzar mundos secretos de felicidad misteriosa. Pero ahora todo eso le parecen esperanzas vanas y engaños de la edad infantil:

«O speranze, speranze; ameni inganni
 Della mia prima età! Sempre parlando
 Ritorno a voi...»

A pesar de considerarlos engaños, Leopardi retorna a ellos y añade que no puede olvidarlos (*Obbliviarsi non so*).

Frente a estas ilusiones, Leopardi afirma a continuación lo que considera verdadera y dura realidad: Fantasmas son la gloria y el honor; no tiene la vida un fruto, sino que es miseria inútil:

¹⁴ Leopardi, Carta a De Bunsen, de 1 de Febrero de 1826 y a G. Visseux, de 4 de Marzo de 1826.

«...Fantasmi, intendo,
 Son la gloria e l'onor; dilette e beni
 Mero desio; non ha la vita un frutto
 Inutile miseria...»

Con todo, Leopardi no puede evitar pensar en sus esperanzas vividas. Y cree que aun cuando le llegue la muerte volverá a vivir aquel engaño:

«...Ahi, ma qualvolta
 A voi ripenso, o mie speranze antiche,
 Ed a quel caro immaginar mio primo.
 [...]
 E quando pur questa invocata morte
 Sarammi allato, e sarà giunto il fine
 Della sventura mia...
 ...e quel inganno ancora
 Sospirar mi farà...»

La verdad objetiva, científica, desnuda, no es capaz de acabar con las ilusiones vividas en el pasado; o mejor, con las ilusiones humanas que perduran en Leopardi también en su edad adulta, aunque en contraste y en constante lucha con las verdades de la ciencia o de la filosofía. A pesar de que hay en ellas un retroceso ante el realismo que se impone, sigue teniendo un valor lo dicho antes: No hay nada más real en el mundo que las ilusiones, por absurdo que parezca.

De esta situación histórica de predominio del saber científico crítico y de la presencia de las ilusiones que no desaparecen, brota la poesía sentimental o mixta, síntesis de poesía y de filosofía. Pero es la poesía la que debe reinar, dado que ella procede de la naturaleza y es más integradora y globalizadora que la filosofía:

«Digo que más bien la filosofía y las ciencias, que son obra humana, se pueden someter y acomodar a la bella literatura y a la poesía, que son obra de la naturaleza... Por eso he dicho que donde *reina* la filosofía, allí no hay poesía. La poesía, en todas partes donde la hay, conviene que reine y no se adapte, porque la naturaleza, que es su origen, no varía según los tiempos, ni según las costumbres y conocimientos de los hombres, como varía el reino de la razón. « (*Zibaldone*, 13.7.21; 1313)

El oficio del poeta, según Leopardi, es imitar la naturaleza, la cual no cambia. Y añade a continuación que este oficio es no sólo imitar la naturaleza, sino manifestarla. La poesía es «casi el último refugio de la naturaleza». Esto fue la poesía antigua y esto serían los poetas italianos, a diferencia de los románticos, quienes, según Leopardi

di, han desnaturalizado la poesía¹⁵.

Leopardi cree que es posible una convivencia de la filosofía con la poesía, aunque no siempre se expresa lo mismo al respecto, dada la evolución de su pensamiento. Como hemos visto, Leopardi cree que en otras culturas hay una oposición entre poesía y filosofía, pero también afirma que la lengua italiana puede ser al mismo tiempo una lengua bella y una lengua filosófica. En general, afirma el poeta:

«A pesar de lo que he dicho sobre la no sociabilidad de la filosofía actual con la poesía, los espíritus verdaderamente extraordinarios y sumos... podrán vencer cualquier obstáculo y ser sumos filósofos modernos haciendo poesía perfectamente. Pero esto, cercano a lo imposible, no dejará de ser rarísimo y singular.» (Zibaldone, 20.7.21(?);1383)

Pero la poesía no sólo contribuye a una visión más completa de la naturaleza y del hombre, sino que también es útil para la vida social de cada día. El 8 de Septiembre de 1823 escribía Leopardi que la poesía es «verdaderamente la más útil de todas las facultades.»

La necesidad de la poesía para la vida social resulta del concepto leopardiano de sociedad. Según él, la sociedad es antinatural para el hombre, el cual odia a su semejante:

«El individuo odia al otro individuo y el odio hacia los otros es una consecuencia necesaria e inmediata del amor a sí mismo; siendo éste innato, resulta también innato en todo viviente el odio hacia los otros.» (Zibaldone, 30.3 - 4.4.21; 872)

«Es tan verdadero que el hombre es naturalmente odioso para el hombre, como es verdadero que el halcón es naturalmente odioso para el pájaro.» (Zibaldone, 25-30.10.23; 3783)

Precisamente de este odio general nace la necesidad de la sociedad. Pero no surge como algo natural al hombre:

«La sociedad, despojando al hombre de hecho de algunas de sus cualidades esenciales y naturales, es un estado que no conviene al hombre, no corresponde a su naturaleza. Por lo tanto es esencialmente y primitivamente imperfecto y por consiguiente ajeno a su felicidad y contradictorio en el orden de las cosas.» (Zibaldone, 31.1.21; 581)

¹⁵ Leopardi, *Discorso di un italiano intorno alla poesia romantica*. En *Tutte le opere di Giacomo Leopardi. Le poesie e le prose*, vol. 2. Mondadori 1957, pp. 485-486. El poeta repite esta idea en pp. 474. 477. 507-508. 511. 520

Esto no es resultado casual de la acción humana, sino que es una consecuencia de la misma naturaleza, según escribía Leopardi a su amigo Giordani el 24 de Julio de 1828. En este contexto, en la misma carta, habla Leopardi de la necesidad de la literatura:

«No me entra en la cabeza que el culmen del saber humano esté en el saber política o estadística. Aún más, considerando filosóficamente la inutilidad casi perfecta de los estudios hechos desde el tiempo de Solón para obtener la perfección de los estados civiles y la felicidad de los pueblos, me dan ganas de reírme de este furor de cálculos y artificios políticos y legislativos; y humildemente pregunto si la felicidad de los pueblos puede darse sin la felicidad de los individuos, los cuales están condenados a la infelicidad por la naturaleza y no por los hombres o por la casualidad. Para confortar de esta infelicidad inevitable, me parece que sobresalen sobre todas las cosas los estudios de lo bello, los afectos, las imaginaciones, las ilusiones. Así sucede que lo delectable me parece más útil que todo lo útil, y la literatura, verdaderamente y ciertamente más útil que todas estas sequísimas disciplinas, las cuales, aun obteniendo sus objetivos, contribuirían bien poco a la verdadera felicidad de los hombres.»

Ideas semejantes expone en el *Zibaldone* (28.6.21). El análisis mata las cosas, dividiéndolas y haciendo perder las visiones de conjunto. El resultado del análisis son ideas aisladas, solitarias. Así se mata la belleza y la poesía. La poesía y la literatura dan visiones de conjunto, grupos de ideas, multitud de concepciones.

La poesía tiene, pues, funciones importantes en Leopardi, tanto para dar una visión más optimista de la realidad o del hombre, en medio del pesimismo o nihilismo que muestran las ciencias o la filosofía, como para la convivencia social. Esto parece indicar que la poesía según Leopardi no puede reducirse a un producto ilusiones no desaparecidas, con el objeto de superar una visión científica y analítica de lo real y de la propia vida. Hay textos, y no del Leopardi jovenzuelo, en los que el poeta aparece como mucho más: «El poeta no imita la naturaleza. La verdad es que la naturaleza habla dentro de él y por su boca.» Y parafraseando los versos del *Purgatorio*, de Dante, añade: «Yo soy un “que” cuando Naturaleza habla». Y comenta Leopardi que esta es la «verdadera definición del poeta» (*Zib.* 10.9.28; 4372).

El mismo no se considera poeta muy fecundo y afirma que ha escrito poquísimas y breves poesías. Pero describe su estado de ánimo al poetizar, considerándose bajo el efecto de una inspiración, de la cual no puede disponer cuando quiere:

«Al escribir no he seguido nunca sino una inspiración (o frenesí). Una vez que ha llegado ésta, en dos minutos formo el diseño y la distribución de toda la composición. Hecho esto, suelo esperar siempre que me llegue otro momento; y al llegarme (cosa que de ordinario no sucede sino algún mes más tarde), me pongo a componer. Pero con tanta lentitud que no me es posible terminar una poesía, aunque sea brevísima, en menos de dos o tres semanas. Este es mi método. Y si la inspiración no me nace por sí misma, saldría más fácilmente agua de

un tronco que un solo verso de mi cerebro»¹⁶.

Estas ideas nos recuerdan un paso ya citado, en el cual Leopardi describe la filosofía como un arte, por el cual el hombre busca como mejor puede las razones de lo que ha resuelto creer¹⁷. En el poetizar y en el filosofar, al hombre le llegaría una especie de intuición, de experiencia global, que lo hace ver, creer, tomar partido por algo. Las razones filosóficas y la composición poética vienen en un momento posterior y adquieren forma, o formas diferentes, de aquella experiencia originaria.

Que un cometido de esta naturaleza sea complejo y muy difícil; que deje insatisfechos a muchos y que en muchos casos no pueda argumentar de forma apodíctica, también lo mostrarían los repetidos y diferentes intentos realizados. También esto lo intuyó Leopardi cuando escribió: «Se ve, por tanto, qué difícil resulta encontrar un verdadero y perfecto filósofo.» (*Zib.* 4.10.21; 1838)

6. Leopardi y la filosofía

Como hemos visto, Leopardi afirma a veces que ha odiado y despreciado la filosofía. En otros casos afirma no haber leído jamás escritos metafísicos. Luego se considera filósofo por diferentes motivos: Por haber leído obras de Madame Staël y por haberse hecho él mismo sentimental, haber perdido fantasía y haberse hecho insensible a la naturaleza. Pero aun entonces considera sin sentido ideas metafísicas de filósofos tan importantes como Leibniz o Kant.

Estas afirmaciones no pueden menos de llamar la atención de quien se ocupa de filosofía. ¿Qué idea tiene Leopardi de la filosofía? ¿Qué idea de la historia de la misma? También aquí llaman la atención las afirmaciones rotundas, dogmáticas, así como las imprecisiones y las generalizaciones fáciles de Leopardi. Habla de una filosofía imperfecta, la antigua, y de una filosofía perfecta, la moderna. Pero resulta que la filosofía imperfecta es capaz de hacer buenos príncipes; mientras que la filosofía perfecta no haría sino perfectos egoístas. Y como según él la filosofía moderna es la filosofía por esencia, la filosofía verdadera y perfeccionada, parece claro que la filosofía tendría un carácter esencialmente negativo. A esto añade Leopardi que la filosofía moderna tiene un carácter destructivo; los filósofos modernos están siempre quitando, sin sustituir nada.

Todo esto es afirmado de modo rotundo, careciendo de precisión y de rigor. Dentro de la filosofía antigua o moderna hay una gran variedad de corrientes y de puntos de vista, que van, por ejemplo, desde el escepticismo hasta el determinismo. Hablar de la filosofía antigua o de la moderna sin más distinciones es decir bien poco. Atribuir a la filosofía antigua un valor formativo, unificando en esto todas las metafísicas y las éticas, y negárselo a la moderna de manera general, unificando igualmente las diferentes corrientes, es hacer afirmaciones vagas y superficiales.

Por otra parte, ¿cómo se puede poner el rótulo de filosofía perfecta por esencia a la filosofía moderna, que comprende corrientes tan variadas como el escepticismo,

¹⁶ Leopardi, *Carta a Melchiorri*, 5 Marzo de 1824

¹⁷ Leopardi, *Paralipomeni*, 14.

el racionalismo, el empirismo, el criticismo, el idealismo, el historicismo, etc.? ¿Cuál de ellas es la filosofía perfecta por esencia? Por otro lado ¿se puede decir que la filosofía de Descartes, la de Kant o la de Hegel es más perfecta que la de Aristóteles? Autores como Nietzsche o Heidegger han visto en los comienzos una mayor autenticidad en el pensar, autenticidad que luego se fue perdiendo.

Leopardi acusa a la filosofía moderna de destructora, sin sustituir nada de lo que quita. Esto no deja de ser chocante, ya que precisamente la modernidad se caracteriza por tener grandes visiones del mundo y por los grandes sistemas. Basta pensar en Spinoza, en Leibniz, en Kant, en Hegel, etc.

En suma, Leopardi hace afirmaciones rotundas y carentes de sentido crítico acerca de cuestiones filosóficas siempre complejas, cuyo sentido ha sido y sigue siendo objeto de discusión.

Otro concepto emparentado con el de filosofía y simplificado por Leopardi es el de razón, de fría o fríasima razón, como se expresa Leopardi en algunos casos. También es verdad que Leopardi critica en estos casos sobre todo el concepto de razón moderna centrada unilateralmente en lo científico y matemático. Pero no se puede identificar la filosofía moderna con esta razón. Un filósofo como Kant tiene ya un complejo concepto de razón, que abarca mucho más que el ámbito de lo científico y de razón pura.

Pero a pesar de estas generalizaciones inexactas y sin rigor, a Leopardi no le faltaría razón en muchas de sus afirmaciones; razón que habría que buscar y saber encontrar bajo un lenguaje poético o literario, al que, por otra parte, tal vez no habría que pedirle el rigor propio de un lenguaje científico o filosófico.

Leopardi critica la filosofía moderna sobre todo por sus pretensiones de exactitud matemática, geométrica. «Estas exactitudes, estas estrecheces., estas matemáticas no existen en la naturaleza» (*Zib.* 29-31.1.21; 582). Los defensores de este ideal de la filosofía, como Descartes y otros filósofos racionalistas partirían del supuesto contrario al de Leopardi y sostendrían que en la naturaleza existen realmente esas exactitudes matemáticas. Así lo dice el mismo Leopardi hablando de «los filósofos, máxime modernos, los cuales, acostumbrados a la exactitud y precisión matemáticas., consideran y miden la naturaleza con estas normas., y no consideran natural lo que no es preciso y matemáticamente exacto» (*Zib.* 29-31.1.21; 584). Por eso dichos autores verían en la matemática el ideal de la filosofía. Leopardi se opone decididamente a una filosofía reducida a esto, porque cree que la naturaleza no es así y que la filosofía debe reflexionar sobre la naturaleza.

Y creemos que tiene razón, ya que aquí naturaleza, tanto en Leopardi como en los autores indicados, parece claro que ha de entenderse en sentido amplio, comprendiendo también la historia, dentro de la cual se dan imaginación, ilusiones, esperanzas, sentimientos, etc. Entre las consecuencias de la «fe» en una estructura matemática de la naturaleza están el determinismo, la negación de la libertad, la reducción de la historia a un acaecer necesario. Creemos que no hay fundamentos para afirmar una tal visión de la naturaleza frente a un orden histórico en el que tienen lugar lo contingente y la libertad.

Pero Leopardi no se opondría sólo a una filosofía de tipo racionalista, que siga el ideal de la matemática, sino también a una filosofía que siga el ideal del mecanicis-

mo y de la ciencia moderna. Leopardi critica a los que se limitan a *analizar*, esto es, a «descomponer y resolver la naturaleza hasta en sus mínimos y últimos elementos». Así, según él, se llegaría a una «naturaleza descompuesta y casi fría, muerta, exangüe...», postrada, por así decir, bajo el cuchillo anatómico o introducida en el hornillo químico de un metafísico» (*Zib.* 22.8.23; 3241-42). No resulta fácil imaginarse el hornillo químico de un metafísico. Pero parece claro que Leopardi critica el método del análisis científico, anatómico, químico, físico, perdiendo de vista las visiones de conjunto y la relación de las partes con el todo.

Una crítica semejante hace Leopardi de este método científico aplicado a lo social y a lo político mediante la estadística. Dice que no le entra en la cabeza que el culmen del saber humano esté en la política y en la estadística. Y menos aún que así se puede lograr la felicidad de los pueblos: «Me dan ganas de reírme de este furor de cálculos y artificios políticos y legislativos.» Y añade a continuación que «estas sequisimas disciplinas, aun obteniendo sus objetivos, contribuirían bien poco a la verdadera felicidad de los hombres.»

El argumento que da aquí Leopardi contra esta pretensión de la aplicación de la técnica se funda en que los hombres están condenados a la infelicidad por la misma naturaleza y no por la casualidad. Esta especie de determinismo afirmado aquí por el poeta hace que incluso los medios que él propone —los estudios de lo bello, los afectos, las imaginaciones y las ilusiones— no sirvan para lograr una verdadera felicidad, sino más bien para confortar en medio de «esta infelicidad inevitable»¹⁸.

Dejando de lado el determinismo —que no creemos que se sostenga y que, en todo caso, no se podría probar— parece claro que Leopardi critica aquí que los medios científicos y técnicos puedan constituir la felicidad de los individuos y de la sociedad. Leopardi, en otras palabras, no creería en un humanismo técnico. En este sentido Leopardi se adelantaba a una crítica de la racionalidad científica y de la técnica moderna que se ha hecho frecuente en nuestro siglo, precisamente cuando dicha racionalidad y dicha técnica han alcanzado un mayor desarrollo y han invadido todos los ámbitos del saber y de la vida, tal como ha puesto de relieve Martín Heidegger. Esta crítica la han hecho también Jaspers, Ortega, Horkheimer, Marcuse, Habermas, etc., quienes, sin dejar de reconocer las ventajas de la ciencia y de la técnica, se han opuesto a su unilateralidad, a su predominio y a sus pretensiones de solucionar los problemas humanos en general¹⁹.

Leopardi en esto iría más lejos, ya que, según expresa en algunos lugares, la felicidad estaría ligada a la ignorancia, a la mentalidad infantil, al engaño debido al desconocimiento de la verdadera realidad. Cuando se llega al conocimiento de ésta, la infelicidad parece insuperable y no cabrían sino evasiones mediante la literatura, la poesía, las ilusiones. El motivo de fondo sería, una vez más, su concepto determinista acerca de la naturaleza. De todos modos, este punto merece una indagación y reflexión ulteriores. Tal vez las incongruencias de Leopardi dejan alguna vía abierta

¹⁸ Leopardi, *Carta a P.Giordani*, de 24.7.28

¹⁹ Cf. M.Berciano, *Técnica moderna y formas de pensamiento. Su relación en Martín Heidegger*, Salamanca, Publicaciones Universidad, 1982 id., *La técnica moderna. Reflexiones ontológicas*, Oviedo, Publicaciones Universidad, 1995

para cierta superación de su visión de la naturaleza y del pesimismo que la acompaña.

Pensamos que esta crítica de Leopardi constituye un primer aspecto positivo de su pensamiento. La crítica de la unilateralidad de la mentalidad matemática, científica y técnica siguen siendo de actualidad. Baste pensar en la disputa sobre el positivismo (*Positivismustreit*) entre representantes del racionalismo crítico y de la Escuela de Frankfurt; y antes y después de esta disputa, en la postura del neopositivismo o la filosofía analítica frente a las corrientes fenomenológica, hermenéutica o pensamiento historizante (por evitar el concepto de historicismo).

La problemática que presenta Leopardi no carece, pues, de actualidad. En realidad se trata de la concepción misma de la filosofía. ¿Ha de limitarse ésta al ámbito de lo seguro o ha de adentrarse en los ámbitos de aquello de lo cual no se puede dar esa seguridad? ¿Ha de perseguir la filosofía el ideal de la matemática o de la ciencia, yendo en cierto modo a remolque de las mismas, o ha de entrar en los campos de la vida, de la moral, de la religión, de la sociología, de la política, del arte, etc., en los que no se puede tener certeza matemática ni científica?

A lo largo de su historia la filosofía se ha ocupado de estos ámbitos, aun partiendo de que en ellos no va a poder tener una certeza, según se expresa ya Aristóteles al comienzo de la *Ética a Nicómaco*:

«Nos contentaremos esto en la medida en que lo permite su materia... Hablando de cosas de esta índole y con tales puntos de partida, hemos de darnos por contentos con mostrar la verdad de un modo tosco y esquemático, hablando sólo de lo que ocurre por lo general y partiendo de tales datos.»²⁰

Kant se plantea la pregunta por los límites del conocimiento en la *Crítica de la razón pura*, llegando a la conclusión de que la metafísica ni es posible como ciencia, ni constituye verdadero conocimiento. Pero ni renuncia a filosofar sobre la moral, la religión, el arte, etc., ni deja de considerar dicha filosofía como producto de la razón. Los idealistas vuelven de nuevo a unificar la razón, dando de nuevo importancia a todos esos ámbitos tan importantes y decisivos para el vivir y para la felicidad del hombre. Renunciar a ellos o limitarse a lo que en ellos puede ser objeto de conocimiento científico o matemático, implicaría dejar de lado una grandísima parte de la vida humana o de la naturaleza, según la expresión de Leopardi.

Como ya hemos indicado, no es Leopardi el primero que insiste en la necesidad de integrar la imaginación, el corazón o el sentimiento en la filosofía. Ya Pascal hablaba de las razones del corazón. Más cercanos a Leopardi y precisamente después de la crítica kantiana de la razón, da gran importancia al sentimiento y a la intuición Schleiermacher. Schiller vio también los límites de la racionalidad no sólo científica, sino también filosófica. Fundándose precisamente en la estética kantiana y en la *Crítica del juicio*, intentó crear una nueva racionalidad, en la que la estética y el arte se integrasen en la razón. Novalis valoriza la imaginación creadora y el sentimiento frente a la razón ilustrada, abogando por el artista filósofo, capaz de combinar la lógica con la fantasía y el pensamiento discursivo con el intuitivo. Novalis toma

²⁰ Aristóteles, *Et. Nic.* I,3,1094 b 11 . 1095 a 2

elementos del idealismo de Fichte y de Schelling y tiene una base filosófica mucho más sólida y expresa que la de Leopardi. Pero se centra en el yo finito, contraponiéndose al idealismo transcendental y presentando un idealismo mágico.

Más filosóficas serían las críticas de la racionalidad occidental y las vías propuestas por Nietzsche y más recientemente por Heidegger o Marcuse. Ya en las clases de los primeros años, Heidegger aboga por un nuevo modo de filosofar fenomenológico, que parta de una experiencia global en el mundo de la vida y supere las filosofías como visiones del mundo. Posteriormente considera el pensar y el poetizar (*Denken und Dichten*) como juntos en el origen y en los orígenes históricos del pensamiento. También Marcuse critica la unilateralidad de la racionalidad occidental e intenta integrar en ella la fantasía y la imaginación creadora.

Dentro de este contexto habría que considerar la *ultrafilosofía* de Leopardi. El poeta italiano no es filósofo como estos autores últimamente considerados; tampoco procede de la filosofía ni conoce el contexto filosófico como Schiller o Novalis. Pero tiene, con éstos, el honor de ser uno de los pioneros en esta crítica y en proponer una racionalidad más amplia que dé cuenta de una experiencia más global de la naturaleza; y posee la particularidad de haber llegado a estas conclusiones no desde la reflexión y crítica filosóficas, sino desde su experiencia de la naturaleza con intuición de poeta.

Parece también cierto que si la razón necesita de la intuición y de la imaginación del poeta, éste, a su vez, necesita de la *fría razón*, a la cual también Leopardi le deja la tarea de construir y de pensar. No estaría de más —pensamos— que la *fría razón* se plantee con reposo y equilibrada *frialdad* sus buenas preguntas sobre cuanto acabamos de ver en Leopardi; preguntas que él no se plantea como poeta, pero que no podrá dejar de plantearse el filósofo: ¿Por qué no logra Leopardi hacer desaparecer las ilusiones? ¿Por qué, en definitiva, debe *reinar* la poesía sobre la filosofía, sobre la razón, sobre la verdad objetiva y desnuda? ¿En qué se fundaría esa experiencia más originaria y global del poeta, de la que habla Leopardi? ¿Qué posibilidades hay de llevar a la palabra esa experiencia global de la naturaleza? ¿Qué es la naturaleza? Tal vez, intentando dar una respuesta a estas preguntas, las ilusiones y los *ameni inganni* de la primera edad, que se resisten a desaparecer, adquirieran algo más de sentido y de objetividad que los que les atribuye Leopardi.

Que un cometido de esta naturaleza sea complejo y muy difícil, que pueda dejar insatisfechos muchos y que no sea capaz de argumentar de una forma apodíctica, lo demostrarían también los diferentes intentos mencionados. También esto lo intuyó Leopardi cuando escribió: «Se ve, por tanto, qué difícil resulta encontrar un verdadero y perfecto filósofo.» (*Zib.* 4.10.21; 1838).

* * *

Prof. Dr. Modesto Berciano
 Universidad de Oviedo
 Departamento de Filosofía
 Campus de Vega. 33071 Oviedo